

---

# Historia política y social

---

PID\_00248455

Mariona Lloret Rodà

---

Material docente de la UOC



**Mariona Lloret Rodà**

El encargo y la creación de este material docente han sido coordinados por la profesora: Anna Busquets Alemany (2018)

Primera edición: febrero 2018  
© Mariona Lloret Rodà  
Todos los derechos reservados  
© de esta edición, FUOC, 2018  
Av. Tibidabo, 39-43, 08035 Barcelona  
Diseño: Manel Andreu  
Realización editorial: Oberta UOC Publishing, SL  
Depósito legal: B-5.370-2018

*Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño general y la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste eléctrico, químico, mecánico, óptico, grabación, fotocopia, o cualquier otro, sin la previa autorización escrita de los titulares del copyright.*

## Introducción

Durante los años comprendidos entre el inicio de la guerra de la Independencia de Estados Unidos y la Primera Guerra Mundial tuvo lugar lo que podríamos denominar la configuración del mundo moderno. Así pues, entre 1776 y 1914 se produjeron diferentes procesos históricos que establecerían las bases políticas, económicas, sociales y culturales de las sociedades del presente. En los tres módulos que vienen a continuación, analizaremos tres aspectos o temas amplios que devinieron importantes durante este periodo de transformaciones mundiales y que tendrían un gran impacto en las sociedades del momento:

- Los nacionalismos y el establecimiento de la forma política del Estado-nación.
- La globalización y la emergencia del sistema capitalista «occidental».
- El imperialismo y las formas de subyugación de las poblaciones conquistadas.

El objetivo de esta asignatura es tratar de comprender mejor las jerarquías políticas y económicas actuales yendo a sus raíces históricas. Así, estudiaremos la progresiva emergencia del mundo occidental en los últimos dos siglos y su imposición sobre el resto. Hay que tener en cuenta que la perspectiva que aplicaremos será global, es decir, procuraremos evitar miradas centradas en Europa y ofreceremos una panorámica más completa, fijándonos en lo que estaba pasando en otras regiones del planeta. De este modo, a pesar de que «Occidente» se situó al frente del poder económico y político mundial, daremos agencia a poblaciones y regiones extraeuropeas, que fueron sujetos activos de los procesos que trataremos. Y es que, a menudo, en el momento del contacto, tenían lugar intercambios culturales recíprocos que dejarían una huella clara y duradera.

En cuanto a los cambios políticos que se produjeron durante el periodo estudiado, primeramente veremos cómo las entidades políticas tomaron formas diferentes a las que se habían desarrollado en épocas anteriores. Para empezar, con el cambio de los siglos XVIII al XIX, los Estados-nación adquirieron una relevancia que iría creciendo a lo largo del siglo. Esta forma de organización política reconocería la unidad de un territorio basándose en rasgos específicos, como la historia o la lengua, con la intención de crear una comunidad concentrada en un territorio que algunos autores, como veremos, consideran «comunidades imaginadas». La emergencia de estas comunidades iría de la mano del nacimiento de los nacionalismos modernos, que serían una justificación

de la existencia de estos grupos políticos. Anteriormente, las divisiones territoriales estaban basadas en regiones más pequeñas, herederas de la tradición medieval. Así pues, el concepto de lo «nacional» era todavía inexistente.

Pero antes del establecimiento de los Estados-nación, se había producido la consolidación de los llamados «Estados modernos», que sentarían las bases de la emergencia de una identidad nacional. Y es que, a mitad del siglo XVII, se inició un proceso de centralización de los poderes administrativo y del ejército, y se establecieron entidades políticas con un gobierno único, quitando fuerza a las autoridades locales anteriores. Se consolidaba, como consecuencia, la diplomacia como sistema de comunicación pacífica entre los diferentes Estados, los cuales se encontrarían en supuestas condiciones de igualdad. Hasta aquel momento, el gobernante principal, es decir, el soberano, tenía en algunos casos el poder absoluto sobre el territorio y sus habitantes, y se consideraba que su autoridad emanaba de Dios. Con todo, el proyecto de la unificación política de Europa, que se basaba en el antiguo ejemplo del Imperio romano, quedó completamente parado y sustituido por una Europa dividida en diferentes entidades políticas fuertes que competirían entre sí y que no conseguirían imponerse las unas sobre las otras por el dominio del continente.

Lo que prevalecía en la consolidación de la Europa de los Estados, por lo tanto, era el concepto de soberanía. Es decir, cada entidad política era libre para decidir el sistema de gobierno y la legalidad imperante dentro de sus fronteras, sin ninguna injerencia externa. Del mismo modo, si entre dos Estados existía una disputa, se daba libertad para pasar a métodos violentos con el fin de resolverla. El concepto de soberanía será de gran importancia a lo largo de todo el texto y culminará en el tercer módulo con las reivindicaciones de las poblaciones emancipadas recientemente, como los esclavos liberados.

Volviendo atrás, a finales del siglo XVIII, en gran parte debido a las influencias de las ideas que llevaron a la Revolución francesa, los Estados modernos mutaron de manera bastante radical. Los súbditos, que anteriormente estaban a merced del poder del emperador o el soberano, pasaron a ser ciudadanos, un estatus que les otorgaba más privilegios y derechos. Se inició un periodo en el que se daba voz y voto al «pueblo», definido, ahora sí, en términos nacionales. En cuanto a la religión, a diferencia de lo que sucedía con los Estados modernos, se dio paso a un incipiente sistema de gobierno secular. Se establecía un tipo de contrato entre el gobernante y el pueblo, según el cual el primero garantizaba proteger los derechos de los ciudadanos, a cambio de que estos se comprometieran a ser leales con el Gobierno y con la nación.

El rey o el gobernante ya no recibía su poder de la divinidad, sino que este era otorgado por el pueblo. Vemos, por lo tanto, que pasamos de un sistema vertical a uno horizontal que daba más protagonismo a los habitantes del Estado y limitaba, en cierto modo, el poder de la autoridad. La soberanía ya no residía en el líder político, sino en los ciudadanos. Este cambio fue trascendental para el desarrollo político y social de las décadas posteriores a 1789. Obviamente

hay que remarcar que este aumento de la representatividad del pueblo en la esfera política marginaba a algunos sectores de la población, como los afroamericanos o las mujeres. Por lo tanto, solo era inclusivo e innovador hasta cierto punto.

En el primer módulo, observaremos las características de los Estados modernos y su evolución a los Estados-nación, pasando por un breve análisis de los significados cambiantes de *nación* y *nacionalismo*. En la segunda parte del módulo, iremos a casos específicos de nacionalismos de todo el mundo, para argumentar que el establecimiento de los Estados-nación no fue algo exclusivamente europeo, sino que fue un fenómeno global, con procesos y rasgos diferenciados según los países. Veremos, así, casos como el de Japón, China, los países independizados del Imperio español en América Latina o el Imperio otomano y algunos de los diferentes nacionalismos que surgieron allí.

Argumentaremos que el siglo XIX fue el momento álgido de establecimiento y desarrollo de movimientos nacionalistas en todo el planeta, a pesar de que estos tomaron formas variadas dependiendo del contexto histórico y geográfico. A veces, serían una reacción en contra de lo extranjero, como en China, donde se quería evitar el dominio europeo y también sustituir la dinastía reinante del momento, de origen manchú, por una «auténticamente» china. En otras circunstancias, los movimientos nacionalistas emergían para dar justificación a la secesión de un grupo étnico o cultural respecto a un imperio multicultural, como en el caso del Imperio otomano y, por ejemplo, los griegos.

En cuanto a los cambios económicos producidos durante el periodo estudiado en esta asignatura, el módulo dos se centra en el análisis de la emergencia del capitalismo como forma económica hegemónica en el mundo. Trataremos la complicada cuestión de por qué en Europa (o en Occidente) surgió la industrialización y cómo esta región se situó al frente del dominio mundial en términos de progreso económico, tecnológico (especialmente en cuanto al desarrollo de armamento) y político. Es decir, nos preguntaremos por qué algunos países europeos se convirtieron en hegemonías mundiales y por qué estos procesos no sucedieron en Estados extraeuropeos, como por ejemplo China. Veremos las diferentes interpretaciones dadas por historiadores especialistas en la materia en el llamado debate de la Gran Divergencia, que intenta explicar cómo y por qué motivos a partir del año 1800 las potencias occidentales se sobrepusieron a otros Estados que hasta entonces habían logrado un desarrollo agrícola y tecnológico similar al europeo. Veremos las discrepancias entre académicos para tener una visión más completa del panorama, para concluir que se trata de un rico debate no resuelto.

Para tratar este polémico tema, será necesario rehuir miradas eurocéntricas que explican la emergencia de Europa como algo inevitable y previsible. Esta perspectiva pone en cuestión el desarrollo o las dinámicas producidas en otras zonas, como en Asia, y las asume como espacios de atraso y de falta de innovación. Veremos cómo, por el contrario, algunas zonas de China tenían

características similares a Inglaterra, de modo que la industrialización hubiera podido surgir allí si se hubieran dado las condiciones apropiadas. A pesar de que la historia contrafactual no interesa en esta asignatura, es una temática que vale la pena plantearse.

Unido a la Gran Divergencia, y al consecuente empequeñecimiento del mundo en cuanto a las comunicaciones, daremos un vistazo al concepto de globalización para explicar cómo el sistema económico del capitalismo, establecido plenamente en época de la Revolución Industrial, devendría global. Para profundizar en esta temática, veremos diferentes definiciones que especialistas sobre la materia han dado de *globalización*. Concluiremos que, a pesar de que a menudo se relaciona este término con la creciente interconectividad mundial existente a partir de la década de 1980-1990 y, sobre todo, después del surgimiento de internet, el fenómeno tiene orígenes históricos relevantes que sentaron las bases de la configuración mundial actual.

Se pueden identificar diferentes fases u oleadas de globalización. Hay autores que incluso hablan de una *globalización arcaica*, siglos antes de nuestra era. De todos modos, sería más adecuado hablar de una *protoglobalización* para hacer referencia a los procesos de conexión global después de la llegada y el establecimiento de los europeos en América entre los siglos XV y XVI, que cambiaron las reglas del juego mundial de manera trascendental. Es importante destacar que en el proceso de establecimiento de un mundo plenamente globalizado también tuvieron un rol muy relevante países extraeuropeos, como, por ejemplo, China. Así pues, como sucedía con el nacionalismo, hemos de evitar pensar que estos fenómenos tenían una raíz europea que después se habría expandido por todas partes. Se trata de procesos más complejos y multidireccionales, con agentes de distintos orígenes.

### **Ejemplo**

Las exploraciones europeas por el Índico y el Pacífico, que no veremos en detalle, no eran innovadoras en el sentido de que, por ejemplo, décadas antes, el Gobierno imperial chino había enviado al explorador, almirante y diplomático Zheng He a varias expediciones por el sudeste asiático y las costas orientales de África e, incluso, llegó a la Meca. Mediante estos viajes, pudo establecer una serie de redes comerciales y sistemas de tributo al emperador chino Yongle, que unían esta inmensa región a través de rutas marítimas. Estas numerosas y costosas expediciones permitieron poder conocer nuevos territorios y delimitar cartográficamente las costas de las regiones que visitaban. El ejemplo más paradigmático de estos viajes fue el hecho de que Zheng He llevó una jirafa a la corte china, la cual quedó sorprendida por la forma y la magnitud de un animal que no había visto nunca y que relacionaban con los *qilin*, una figura mitológica que representaba un cruce entre un dragón y un caballo.



Representación de la jirafa que Zheng He llevó a la corte china como parte del tributo del rey de Bengala al emperador. Fuente: Wikipedia.

Este ejemplo sirve para mostrar cómo sociedades extraeuropeas habían logrado una capacidad naval y unas prácticas diplomáticas destacables mucho antes de la llegada de los «occidentales». Es decir, quizá conviene cuestionarse la concepción un poco paternalista que atribuye a los europeos la responsabilidad de llevar a otras regiones conocimiento y tecnología. En este sentido, los

tres módulos argumentarán, a través de las diferentes temáticas tratadas, que Occidente formaba parte de un mundo muy grande y rico, del cual Europa no sería el centro de poder hasta bien entrado el siglo XIX.

Todos estos factores juegan un papel fundamental a la hora de preguntarse por qué Occidente logró la hegemonía mundial, cuestión que trataremos, sobre todo, en el módulo dos, pero que está en el trasfondo de los procesos históricos que analizamos a lo largo de todo el texto.

La globalización implicó la disponibilidad de productos de tierras lejanas a través del intercambio comercial atlántico y pacífico. La llegada de los europeos a América dio a los europeos herramientas y productos para consolidar su rol en una serie de redes comerciales preexistentes en Asia y en África, gracias, sobre todo, a los grandes depósitos de plata encontrados en Perú y, más tarde, en México. Con esta plata, los europeos fueron capaces de comprar productos asiáticos manufacturados como por ejemplo seda, porcelana, textiles de algodón o tallas de marfil y beneficiarse del comercio de estos productos en otros mercados. Los galeones de Manila, que conectaron las Filipinas con Nueva España desde 1565 hasta 1815, también permitieron el movimiento de productos y personas asiáticas (la mayoría esclavas) a América.

El comercio triangular atlántico era un sistema en el cual comerciantes europeos presentes en los tres lados del Atlántico se podían beneficiar de intercambios que se complementaban y retroalimentaban. Primero, los europeos llevaban productos agrícolas americanos, como por ejemplo azúcar, tabaco y algodón a Europa. Allí, se transformaban en bienes de consumo que, junto con otros productos, principalmente armas y herramientas de hierro, eran transportadas para intercambiarse por esclavos en África. Por último, se cerraba el triángulo con el transporte de esclavos a América para trabajar en las plantaciones que producían las materias primas. Seguidamente, se llevaban los productos americanos a las colonias situadas al norte del litoral americano atlántico (Nueva Inglaterra y Nueva Escocia) para elaborar cigarrillos, textiles de algodón y ron. Por último, estos productos se transportaban de vuelta a Europa, se vendían para comprar nuevamente armas y el ciclo volvía a empezar. Este comercio triangular proporcionaba ganancias a cada uno de los destinos y permitió la acumulación de capital, unificó en un mismo sistema económico todo el litoral atlántico y comportó transformaciones sociales, políticas, económicas y culturales en Europa, África y América. Así, a mediados del siglo XVII se había establecido un sistema comercial de alcance mundial.

Con la llegada del siglo XIX, apareció un proceso que cambiaría las formas de producción y del trabajo mundiales: la industrialización. Socialmente, la industrialización supuso un aumento poblacional sin precedentes, que transformó las sociedades de «tradicionales» a «modernas», lo que arrastró otros cambios: un incremento de la urbanización, la expansión de un cierto laicismo gubernamental y una mirada más global y menos local. Veremos brevemente cómo se desarrolló la industrialización fuera de Europa para ampliar el foco



en la narrativa de este importante proceso histórico e incluir casos tan interesantes como el de Japón. Veremos que en este país el desarrollo económico estuvo unido a la creación de una identidad nacional fuerte, que pudiera hacer la competencia a las potencias europeas.

También matizaremos que, a pesar del evidente impacto económico, social y político de lo que se ha denominado la Revolución Industrial, esta fue bastante gradual y local, es decir, que fueron regiones específicas de diferentes países las que emprendieron el proceso y, hasta bien entrado el siglo XX, pocos Estados, entendidos como unidades políticas unidas y cohesionadas, se podrían definir como mayoritariamente industriales, puesto que la agricultura seguía siendo el principal sector económico.

El surgimiento de la industrialización en ciertos lugares y no en otros se explica por diferentes factores, incluyendo capacidad de invención e innovación, pero también elementos como el azar y la coerción. Por lo tanto, es un fenómeno complejo de analizar e influenciado por distintos elementos, algunos de ellos incontrolables. Así pues, la Gran Divergencia, como veremos, no fue algo que se podría haber anticipado con facilidad. Las potencias europeas no estaban predestinadas a convertirse en las líderes mundiales.

Durante el siglo XIX tuvieron lugar cambios relevantes que transformarían las sociedades mundiales. El aumento demográfico y las mejoras en el transporte fueron de la mano con el incremento de los movimientos migratorios a escala mundial. Grupos de personas que buscaban una vida mejor o un trabajo duradero empezaron a desplazarse de Europa y Asia hacia América o Australia, lo que generó un impacto social y cultural importante. El encuentro con nuevas culturas, por un lado, generaría sociedades más globales y sincréticas y, de alguna manera, permitiría un conocimiento más amplio sobre otros grupos humanos. Por otro lado, el contacto provocaría, en algunos casos, desconfianza y rechazo e, incluso, desembocaría en políticas que limitarían la inmigración.

La expansión del capitalismo como forma económica mayoritariamente global también tuvo consecuencias sociales relevantes. Especialmente a finales del siglo XIX, el enriquecimiento de ciertos sectores de la población se aceleró, lo que hizo crecer la separación entre los más ricos y los más pobres. Nacieron, así, las grandes fortunas americanas, que vivían de la industria petrolera o del ferrocarril, hecho sin precedentes en la historia de Estados Unidos. Se consolidaban, de este modo, las nuevas empresas de carácter global que cambiarían las reglas del juego: las multinacionales.

Todas estas transformaciones y las diferencias en el reparto del capital causarían reacciones sociales reivindicativas de grupos antielitistas que defendían una sociedad donde la riqueza estuviera mejor distribuida.

### **Ejemplo**

Los Populistas (el People's Party), que, a pesar de que no tuvieron una larga vida como partido político, sí tuvieron una gran influencia a nivel discursivo a lo largo del siglo XX en aquellos políticos que, en sus campañas electorales, luchaban por un mundo más justo.

Así pues, veremos cómo los cambios económicos tuvieron un impacto evidente en la organización política y en la emergencia de grupos reivindicativos que surgían como respuesta u oposición. Y es que la modernidad o el progreso, que como ideas ganaban peso a finales del siglo XIX, representaban, en teoría, la consolidación de unas sociedades más ordenadas, más desarrolladas y (según estos grupos) más progresistas, donde los ciudadanos pudieran disfrutar de derechos sociales. La esperanza de vida se alargaba y las costumbres de las élites progresivamente se irían extendiendo a la población de clase media, que las imitaba con la aspiración de ascender socialmente.

El desarrollo económico de las potencias occidentales, incluida la industrialización, hizo crecer otro proceso, cuya agresividad iría en aumento en las postrimerías del siglo XIX: el imperialismo. El fenómeno, que por supuesto no era nuevo, haría crecer las diferencias económicas entre países y establecería una jerarquía mundial más estricta y sin precedentes. Este último factor fue el aspecto innovador del imperialismo que se llevó a cabo a partir de la década de 1880.

En el tercer y último módulo repasaremos las formas imperiales y veremos los ejemplos más paradigmáticos del imperialismo de los siglos XVIII y, sobre todo, XIX. A pesar de que esta forma política, el imperio, no era en absoluto innovadora al comienzo de la época contemporánea, en aquel momento devino más global y agresiva. Algunos autores la han denominado directamente la «era del imperialismo», dado el aumento de las ansias expansionistas de las potencias mundiales, particularmente desde finales del siglo XIX. Este «nuevo imperialismo» tenía la característica de ser más rápido y eficaz, así como de subyugar a las poblaciones conquistadas a los deseos de los colonizadores.

Veremos la evolución geográfica del imperialismo con la ayuda de mapas y concluiremos que la aceleración de las conquistas a nivel mundial fue posible debido a las nuevas tecnologías que se aplicaban en la guerra y que colocaban a las potencias europeas en una posición de superioridad respecto a los conquistados, a pesar de que no sin encontrar resistencia. Como veremos, hacia el año 1800, una tercera parte del planeta eran colonias; al cabo de algo más de una centuria, el territorio mundial colonial ocupaba más del 80 % de la Tierra.

En este último módulo nos fijaremos en el estatus que los diferentes nuevos pueblos colonizados adquirirían bajo dominio extranjero. Por este motivo, estudiaremos casos variados de imperios paradigmáticos de los siglos XVIII y XIX pero que ponían en práctica políticas imperiales diversas, a veces, incluso, opuestas. Y es que la condición de los nuevos miembros del imperio ponía en evidencia la concepción de los conquistadores sobre cómo tendría que ser la na-

ción en expansión: multicultural o unificada, jerárquica o igualitaria. Preguntas como quiénes formarían parte de la nación eran de capital importancia a la hora de configurar las nuevas sociedades imperiales.

En este sentido, veremos también otras aproximaciones innovadoras y recientes a la materia, incluido el nuevo término de *nación imperial*, desarrollado por un historiador catalán, que pone en cuestión la idea tradicional de que cronológicamente primero tuvieron lugar los imperios y después, las naciones. También veremos dos tipologías de imperio en cuanto a la expansión geográfica: por un lado, veremos los imperios coloniales de ultramar, como el británico o el francés, y, por otro, los imperios continentales, que se expandían a lo largo de un territorio grandioso, como Estados Unidos o Rusia.

Para analizar con más detalle todos estos rasgos, el caso de Estados Unidos resulta muy interesante. A pesar de que suene contradictorio dado el fuerte discurso de libertad y aspiración a la secesión que acompañó la configuración nacional del país, este nació con forma imperial, puesto que progresivamente fue incorporando territorios del oeste hasta que, al cabo de poco tiempo, ocupó todo el continente. Al hacerlo, está claro, los colonos se toparon con las poblaciones indígenas locales, a las cuales sometieron, segregaron y, en muchos casos, aniquilaron. El objetivo de esta expansión agresiva era, según tenían entendido los que la promovían, llevar la civilización y el progreso a tierras desconocidas y subdesarrolladas. Se trataba de un tipo de responsabilidad autoimpuesta y autoatribuida que servía de justificación de la conquista y el posterior dominio.

No solo esto, sino que el Gobierno federal de Estados Unidos tenía una noción de la ciudadanía rigurosa que excluía a grupos considerados ajenos a la nación estadounidense, como los nativos americanos o los esclavos afroamericanos. Es evidente que las tensiones acumuladas a lo largo del siglo XIX sobre qué tipo de nación establecer y con qué tipo de economía (esclavista o no) desembocarían en la guerra civil americana en 1861, que tendría consecuencias como por ejemplo la segregación racial que sería legal en el país hasta más allá de mediados del siglo XX.

Un ejemplo muy diferente del americano en cuanto al tratamiento de las nuevas poblaciones incorporadas al imperio es Rusia. Dada su posición geográfica privilegiada, entre Asia y Europa, este país pudo expandirse hacia el este, el oeste y el sur, y llegó a gestionar un territorio monumental con gran diversidad cultural, lingüística y religiosa. En vez de procurar unificar toda la población bajo el término *ruso*, el Gobierno reconocía la variedad de naciones que formaban el Imperio. De este modo, hasta cierto punto, se mantenían las leyes y las costumbres locales para evitar conflictos políticos dentro de las fronteras y se respetaban las autoridades locales para que sirvieran de aliadas del Imperio y para que la transición al dominio ruso no fuera abrupta.

De todos modos, como veremos, en el caso de Rusia, el sistema de trabajo se basaba en la servidumbre, que era casi comparable a la esclavitud americana de las personas de origen africano. La situación llegó hasta tal punto que a principios del siglo XIX el 40 % de la población del Imperio eran siervos que trabajaban tierras de nobles. Es por esta situación por lo que, paralelamente a los movimientos abolicionistas decimonónicos, en Rusia tuvo lugar la emancipación de los siervos, impulsada por el zar Alejandro II. En el caso ruso, sin embargo, el proceso de eliminación de la servidumbre se caracterizó por dar posibilidades de futuro a los siervos recientemente liberados. Así, se les cedieron pequeñas tierras colectivas para que pudieran iniciar una vida en comunidad, mientras que, en contraposición, en Estados Unidos los esclavos liberados no disfrutaron de ninguna medida similar, lo cual dificultaría que la sociedad pasara por un proceso de desagregación.

Después de analizar los tipos de imperios de los siglos XVIII y XIX por medio de ejemplos clásicos, pasaremos a centrarnos en el fenómeno imperialista más relevante de finales del siglo XIX: la llamada carrera por África. El crecimiento feroz del imperialismo, a medida que el siglo avanzaba, iba acompañado, obviamente, de una clara competitividad entre países occidentales por la obtención de más territorios, prestigio y materias primas. Hasta aquel momento, África había sido explotada solo en las costas y en alguna zona del sur del continente; el interior permanecía desconocido o poco explorado por los occidentales. Lógicamente, este hecho no significaba que los países africanos no hubieran desarrollado Estados o reinos poderosos y eficaces. La situación cambiaría a mediados del siglo XIX debido, sobre todo, al descubrimiento de materias primas que podían ofrecer ventajas comerciales a los países europeos que las explotaran.

Varias exploraciones por el interior de África, como la del famoso Dr. Livingstone, despertaron el interés occidental por el territorio. En este caso, y a diferencia de lo que había sucedido en la colonización de otras zonas del mundo, el hombre blanco tuvo la seguridad de estar en una posición de superioridad tecnológica, política, económica, cultural e incluso intelectual respecto a los pueblos que conquistaba. De hecho, toda la empresa de conquista de África fue acompañada de un esfuerzo por llevar la civilización y el progreso a zonas atrasadas e incapaces, habitadas, entendían los europeos, por grupos humanos que no podrían lograr un desarrollo económico y político satisfactorio sin la ayuda occidental. Esta supuesta superioridad moral, obviamente, también incluía llevar la religión correcta, el cristianismo, al continente. Así pues, algunos de los exploradores y de los defensores de la conquista fueron misioneros que querían salvar las almas de los pobladores locales y los educaban en la fe cristiana. Era un tipo de paternalismo pacífico que empujaba a los hombres de fe a hacer proselitismo.

La idea de que el hombre blanco occidental tenía la responsabilidad de civilizar a los otros no era nueva en absoluto. Sin embargo, en el caso africano esta noción se llevó al extremo bajo el concepto de *white man's burden*, que

analizaremos, puesto que la conquista de África fue muy agresiva y rápida en comparación con otros procesos históricos similares. Los europeos ignoraron en gran parte la diversidad cultural, lingüística y política del continente. Veremos cómo esta velocidad tenía como trasfondo las concepciones de la época sobre la inferioridad de la raza negra, que otorgaban a los europeos la capacidad de actuar con más firmeza y sin tener en cuenta a las poblaciones locales. El caso más extremo de la puesta en práctica de esta mirada lo constituye el rey belga Leopoldo II, que gobernó el Congo como una empresa privada, donde la población era torturada y explotada para el enriquecimiento personal del monarca.



Caricatura publicada en la revista *Judge* (abril de 1899) sobre el *white man's burden*. Este concepto indicaba que el hombre blanco tenía la responsabilidad de llevar a los otros a la civilización. En la caricatura, vemos a John Bull (personificación de Gran Bretaña) y al tío Sam (Estados Unidos) portando a los pueblos no occidentales hacia la civilización. Para llegar, estos pueblos tienen que superar obstáculos como la superstición, la opresión, la ignorancia, la barbarie o el vicio. Es claramente una justificación moral del imperialismo de la época. Fuente: Wikipedia.

El continente africano se había convertido en la última frontera que quedaba por conquistar. La lucha de poderes entre diferentes Estados europeos para dominarlo llegó hasta el punto de que se tuvieron que convocar las conferencias de Berlín entre 1884 y 1885, en las cuales se fijarían las normas del «reparto» territorial de África. Se inició, de este modo, un periodo de imperialismo devastador que pondría todo el continente bajo control europeo en pocos años, excepto dos países: Liberia y Etiopía. A pesar de que, como veremos, los europeos se toparon con varios movimientos de resistencia, en cuestión de veinte

años África cambió completamente su mapa político, en un proceso violento que transformaría las sociedades históricas locales y determinaría la evolución de los países africanos hasta día de hoy.

Estudiaremos los diferentes tipos de gobierno que se instauraron a raíz de este proceso y la segregación social que fue protagonista de la vida diaria de los habitantes de las colonias africanas.

### **Nota**

A pesar de que lo consideraba inferior, el hombre blanco desarrolló un tipo de fascinación por el hombre negro, hasta el punto de que se hicieron populares en Europa y en el norte de América los zoos que incluían la exhibición de personas de origen africano (y también americano y asiático), como muestras de exotismo y primitivismo. El objetivo era siempre marcar la distancia entre lo civilizado y lo atrasado y salvaje, es decir, la alteridad, para satisfacer la noción de los occidentales de ser la representación máxima del progreso y del desarrollo humanos.

El proceso de colonización de África sería la culminación del establecimiento de Occidente como región hegemónica mundial. Es decir, una vez que los países africanos quedaron bajo dominio europeo, ya no se podía cuestionar que los Estados europeos serían los que llevarían la batuta económica y política del mundo, muy especialmente Gran Bretaña y Francia, dos de los Estados imperiales que se beneficiaron más del reparto de África y que dejarían allí una huella palpable todavía a día de hoy.

Después de los diferentes y costosos procesos de colonización mundiales desarrollados durante los siglos XVIII y, sobre todo, XIX, el mundo quedó en manos occidentales, hasta el punto de que, por ejemplo, a principios del siglo XX una cuarta parte de la población del planeta vivía bajo dominio británico. Esta situación, está claro, no tenía precedentes en la historia de la humanidad y afectaría a las culturas locales, que se reconfiguraron tomando elementos extranjeros y locales en formas híbridas.

En el último apartado del módulo daremos un vistazo al concepto orientalismo de Edward Said, que se refiere a las miradas e interpretaciones de Occidente de todo aquello que considera «Oriente», con toda la problemática y estereotipos que representa. A menudo el encuentro con el otro despertaba interés y curiosidad por parte de los europeos, pero también nociones sesgadas de exotismo, fascinación y atraso. Con la llegada de los europeos a Asia, se popularizaron las visiones de este vasto territorio como un espacio de despotismos, de sexualidad y de misterio, que acompañarían en gran parte el imaginario que se tendría de ella a lo largo del siglo XX.

El orientalismo caracterizaba todo el continente asiático con unos mismos rasgos; es decir, generalizaba e ignoraba en gran parte la impresionante diversidad cultural, lingüística, religiosa y política de Asia y su magnitud territorial. En contraposición, las sociedades occidentales supuestamente disfrutaban de racionalismo, pacifismo, ética, lógica y liberalismo como atributos intrínsecos.

A finales del siglo XIX, Estados Unidos empezó a tener un papel relevante en la hegemonía global. El país tuvo un interés creciente por Latinoamérica. A pesar de que se trataría de un imperialismo menos agresivo, en el sentido de que los países seguirían oficialmente manteniendo su autonomía, Estados Unidos intervino militarmente en varias ocasiones y territorios para asegurar su liderazgo y control sobre el continente americano.

Veremos el ejemplo de Cuba como caso paradigmático de este comportamiento geopolítico de los estadounidenses, puesto que a pesar de apoyar a la isla caribeña durante la guerra de independencia del Imperio español, al poco de finalizar el conflicto, Cuba quedó indirectamente bajo dominio de Estados Unidos a través de la firma de la Enmienda Platt. De alguna manera, Estados Unidos se quería distanciar de los métodos del imperialismo clásico de los Estados europeos, que eran más directos. Los estadounidenses mantendrían controles aparentemente más sutiles, pero igual de firmes, en numerosos territorios latinoamericanos, como Nicaragua, la República Dominicana o Panamá. Esta política sería popularmente conocida como la *big stick policy* ('política del gran garrote').

### ***Big stick policy***

Esta expresión hacía referencia a la política exterior del presidente Theodore Roosevelt. Refiriéndose especialmente a América Central, Roosevelt decía: «Speak softly and carry a big stick» ('Hable de manera suave y lleve un gran garrote').



Caricatura de William Allen Rogers. Fuente: Wikipedia.

Como conclusión del módulo, veremos cómo, poco antes de la Primera Guerra Mundial, el mundo estaba dirigido y controlado directamente por Estados occidentales, y que el conflicto bélico devastador pondría en evidencia la fragilidad de esta organización territorial global y desembocaría en el inicio de los procesos de descolonización a mediados del siglo XX. Encontramos la raíz de estos procesos en los movimientos de protesta contra el dominio occidental que ya se pusieron de manifiesto, por ejemplo, con la celebración del Primer Congreso Panafricano en 1900 en Londres. En este congreso se reivindicarían los derechos de los afrodescendientes en las colonias y, por lo tanto, se ponían las bases de los futuros movimientos por los derechos civiles de mediados de siglo. Así, a pesar del posicionamiento privilegiado de los países europeos y del norte de América en el escenario mundial, veremos cómo estas estructuras recibirían crítica y respuesta en forma de movimientos transnacionales.

Del mismo modo que, como hemos apuntado, a finales del siglo XVIII, la idea de soberanía popular tomaba fuerza en contraposición a una soberanía que recaía exclusivamente en manos del soberano (a menudo absolutista), en este momento, cien años más tarde, la noción de soberanía devendría una reivindicación más popular que tenía que incluir a las poblaciones minoritarias o marginadas de las sociedades lideradas por los occidentales, que querían y re-



clamaban mayor representación política. Así pues, las dos reivindicaciones formaban parte de un mismo proceso que tenía como objetivo la obtención de más derechos. Lógicamente, a pesar de que esta temática ya no la exploraremos, estas reclamaciones irían en aumento en las décadas siguientes, por ejemplo, en la lucha por la obtención del sufragio femenino.

En conclusión, en este material estudiaremos tres procesos fundamentales (el nacionalismo, la globalización y el imperialismo) para entender las transformaciones políticas, sociales y económicas de los últimos doscientos cincuenta años, que han condicionado y dado forma al mundo del presente. No obstante, como hemos visto, los módulos están intrínsecamente relacionados entre sí, puesto que hablan de procesos que afectaron a nivel global a los acontecimientos a los cuales se hace referencia. Hay que tener en cuenta el contexto global para entender las diferentes características y los cambios que se han dado a lo largo de los siglos XVIII, XIX y, en parte, el XX.

Por medio del estudio de los tres fenómenos mencionados, podremos ver e interpretar procesos históricos relevantes de los dos últimos siglos de la historia global que tuvieron influencia en todos los ámbitos: la economía, la política, la sociedad y también la cultura. De este modo, daremos un vistazo global a la historia contemporánea, no solo en cuanto a los espacios geográficos que analizaremos (nuestra mirada trascenderá el tradicional eurocentrismo), sino también en cuanto a las temáticas que englobaremos, para dar una perspectiva más completa del desarrollo de las sociedades humanas más recientes.

## Objetivos

1. Entender la aparición de los nacionalismos.
2. Analizar la forma política de Estado-nación.
3. Estudiar el fenómeno de la globalización y la emergencia del sistema capitalista «occidental».
4. Entender el imperialismo y el fenómeno de la europeización del mundo.

## Contenidos

Módulo didáctico 1

### **La creación del nacionalismo**

Mariona Lloret Rodà

1. Del Estado moderno al Estado-nación
2. Análisis de los conceptos nación y nacionalismo
3. Casos de estudio. El nacionalismo como fenómeno global
4. Un mundo de naciones

Módulo didáctico 2

### **Procesos de globalización**

Mariona Lloret Rodà

1. ¿Qué significa globalización?
2. Bases históricas de la (proto)globalización
3. La Gran Divergencia
4. La Revolución Industrial y la globalización en el siglo XIX
5. Cambios ochocentistas globalizadores

Módulo didáctico 3

### **Imperialismo: la europeización del mundo**

Mariona Lloret Rodà

1. Imperios coloniales
2. Imperios continentales
3. La carrera por África
4. La hegemonía de Occidente a comienzos del siglo XX
5. Impactos culturales: el orientalismo
6. Un mundo de imperios

## **Bibliografía**

**Anderson, Benedict** (2006). *Imagined Communities*. Nueva York / Londres: Verso.

**Bayly, C. A.** (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914*. Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.

**Burbank, Jane; Cooper, Frederick** (2010). *Empires in World History: Power and the Politics of Difference*. Princeton / Oxford: Princeton University Press.

**Hobsbawm, Eric** (1991). *Nations and Nationalism since 1780*. Barcelona: Crítica.

**Pomeranz, Kenneth** (2000). *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*. Princeton: Princeton University Press.

**Said, Edward W.** (1993). *Culture and Imperialism*. Nueva York: Vintage Books.

**Stearns, Peter N.** (2010). *Globalization in World History*. Londres / Nueva York: Routledge.